

The Economist:

Hay que dejar de entrar en pánico por la IA y empezar a prepararse

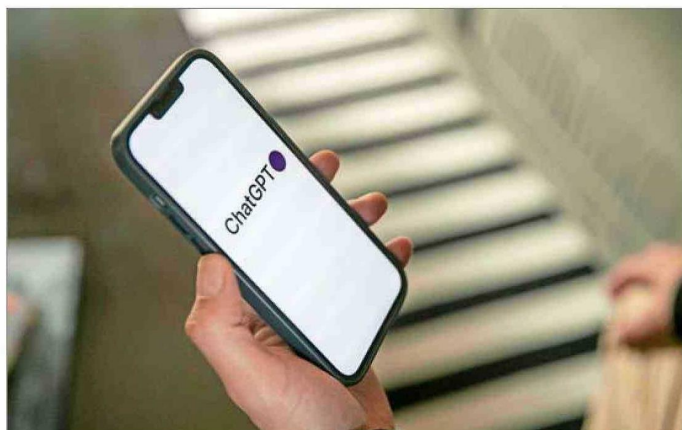
Resolver endiablados problemas matemáticos, hacer diagnósticos médicos complejos, crear nuevo *software* en cuestión de minutos: las proezas de la IA generativa se vuelven más impresionantes cada día. Pero la ansiedad por sus consecuencias sociales también va en aumento. Kristalina Georgieva, directora gerente del FMI, ha advertido de un "tsunami" que destruiría empleos. Sir Demis Hassabis, jefe de Google DeepMind, uno de los principales laboratorios de IA, dice que apoyaría una desaceleración de la innovación para dar tiempo a que la sociedad se adapte. Jamie Dimon, sumo sacerdote de las finanzas estadounidenses, sostiene que los gobiernos deberían prohibir los despidos si eso "salva a la sociedad". El escenario parece listo para una convulsión dolorosa.

El rumbo de la IA es incierto, obviamente. Sin embargo, hay buenas razones para pensar que la sociedad tiene más margen de adaptación del que sugieren estas figuras. Una nueva tecnología tarda tiempo en difundirse desde la frontera de vanguardia hasta el cubículo de oficina. Empresas y gobiernos deberían usar ese respiro para ayudar a quienes corren mayor riesgo de ser desplazados.

Hasta ahora, los mercados laborales parecen imperturbables. Los empleos de servicios son los más expuestos a la IA generativa, y aun así en Estados Unidos el número de puestos de oficina ha aumentado en 3 millones desde que se lanzó ChatGPT, mientras los trabajos manuales se han mantenido planos. El empleo ha crecido incluso en áreas que han sido adoptantes tempranos, como la programación.

Una razón del lento impacto económico es la "frontera irregular" de la tecnología: sobresale en algunas tareas, pero luego suelta disparates con aplomo, o tiene dificultades para contar cuántas "r" hay en "strawberry". Esta imprevisibilidad obliga a empresas y tra-

Hay tiempo para adaptarse. Úselo con inteligencia.



El número de trabajos de oficina ha aumentado en 3 millones desde que se lanzó ChatGPT.

bajadores a invertir tiempo en decidir dónde aplicar la IA.

Además, los procesos empresariales no cambian de la noche a la mañana. La electricidad empezó a aprovecharse comercialmente en la década de 1880, pero tardó entre 40 y 50 años en generar ganancias de productividad en las fábricas. Hubo que rediseñar plantas y repensar flujos de trabajo. Esta vez también las empresas deben pensar cómo incentivar a los trabajadores a usar la IA, cómo mitigar los problemas que plantea y cómo aplicarla con éxito.

Esta fricción debería ser una buena noticia para quienes temen la velocidad del cambio tecnológico. Pedir a desarrolladores de todo el mundo que bajen las herramientas, cuando una ventaja ganadora podría otorgar enormes recompensas comerciales y geopolíticas, sería una fantasía. Pero entre la invención y la difusión transcurre un tiempo valioso, que puede usarse para identificar a los más

expuestos a la tecnología y definir cómo ayudarlos.

Muchos empleos requieren habilidades difíciles de automatizar, como el juicio o la empatía. Las herramientas de IA podrían hacer estos roles más productivos, rentables e incluso más agradables: piense en un médico liberado del papeleo. Y la nueva tecnología suele crear trabajos; ya se observa un aumento de empleos de oficina tan nuevos que aún no tienen etiqueta en las estadísticas. Sin embargo, otros roles parecen peligrosamente expuestos a la automatización. Gran parte del trabajo administrativo de apoyo implica tareas simples y seguir un libreto. A los jóvenes en puestos de entrada se les pide a menudo procesar datos o resumir informes, precisamente aquello en lo que la IA destaca.

Ayudar a estos grupos a encontrar nuevos trabajos es crucial, y no solo por el impacto en las personas. La pérdida de empleos industriales por la globali-

zación y la automatización en Occidente contribuyó al auge del populismo. Ningún gobierno quiere una revuelta juvenil. Un rechazo social sería una forma segura de frenar las ganancias económicas de la IA.

¿Qué hacer? Esta vez, al menos, los afectados probablemente estén dispersos geográficamente: a diferencia de la manufactura o la minería, los empleos administrativos y de entrada no se concentran en ciudades de empresa. Por lo tanto, debería ser más fácil encontrar nuevas oportunidades. Pero los gobiernos también deben fomentar la movilidad manteniendo mercados laborales flexibles, en lugar de prohibir los despidos como sugiere Dimon. La educación necesitará una reforma, para enseñar IA y habilidades que la complementen.

Las empresas también deben prepararse. Para prosperar no solo necesitan aprovechar al máximo la IA, sino también encontrar y cultivar a las mejores personas para trabajar con ella. Algunos trabajadores administrativos perderán sus empleos. Pero otros, con conocimiento tácito del negocio, pueden ser capacitados para nuevos roles.

El mayor error sería dejar de contratar jóvenes por completo. Eso no solo cortaría el flujo de talento futuro, sino que privaría a las empresas de nativos de la IA. En cambio, las compañías deberían repensar el tipo de trabajo que ofrecen a los jóvenes: menos tareas mecánicas, más juicio y análisis; rotaciones más rápidas por la empresa para que adquieran una visión que la IA no puede tener; pilotear nuevos roles y probar nuevos enfoques.

La disrupción y la pérdida de empleos serán inevitables. Así es el progreso tecnológico. Pero, pese a las proezas de la IA, aún hay tiempo para amortiguar el golpe. No debería desperdiciarse.

The Economist